Salmón – Lara Ubierna

Abro las cajas de sushi y acomodo las piezas en los platos de cerámica. Como cada viernes a fin de mes, nos juntamos a cenar las cinco amigas de pilates; definimos el menú entre todas, la anfitriona invita la comida principal y las demás se reparten el postre y la bebida, esencialmente vino rosado. Hoy toca en casa. Me aseguro de que el sushi huela bien, acerco la nariz a centímetros de un *niggiri* e inhalo: efectivamente, el vinagre de arroz prevalece por encima del olor a pescado, y aun así no puedo evitar sentir asco cuando imagino al animal entero, recostado sobre una tabla, su piel de gelatina cercenada por un cuchillo. Cierro los ojos y recuerdo que esto no es más que una pieza refinada de sushi, preparado por las mejores manos culinarias de la zona, por la que pagué una cantidad exorbitante de plata, y con la que estoy a punto de agasajar a mis invitadas. Terminado el emplatado, se acerca Andrea a ofrecer ayuda. Sonrío y le sugiero llevar las fuentes a la mesa.

Hay palitos chinos barnizados junto a cada servilleta, dos pares de cubiertos junto a cada plato y una copa de cristal en la esquina superior derecha de cada individual de lino. Toda la vajilla en orden, apenas alterada cada vez que Gabriela propone un nuevo brindis por el nacimiento del sobrino de una, la comunión de la hija de otra, el aniversario de plata de esta, el viaje a las Islas Filipinas de aquella. Todas sumergen sus piezas en los tazones que cuidadosamente coloqué al alcance de la mano para evitar que mi mantel acabe salpicado en salsa de soja. Yo me sirvo cuatro piezas; dudo poder tragar mayor bocado. No suelo tener hambre cuando invito a casa: prefiero escuchar con atención qué clase de temas surgen en mi mesa, qué observaciones resultan sobre la nueva vajilla, qué grado de valoración se forja con respecto a la comida que encargué.

El sushi no me gusta, pero es la comida preferida de las chicas que se abalanzan con voracidad sobre los *rolls* de langostino, de atún rojo, de kanikama, de salmón. Lo mastican mientras estiran los palitos deliberando su próxima degustación, como si la textura pulposa no resultara predecible. Hoy, sin embargo, le doy una oportunidad; no quiero que Luciana señale mi falta de apetito otra vez. Acomodo los palitos y pesco temerosamente un pedazo de *sashimi*.

Lo deposito en el plato antes de llevármelo a la boca. Húmedo y brillante, me espera recostado mientras intento contener una pequeña arcada. Tomo aire. Me obligo a pensar en el deleite de las otras. ¿Qué tan espantoso puede resultar este pedazo de músculo? Lo apreso entre mis palitos y me lo llevo a la boca de una vez.

Está fresco. Su temperatura es lo único que me permite diferenciar su carne de mi propia lengua, dos órganos sin hueso entrechocándose entre sí. Pero no lo mastico. Todavía no puedo: porque siento, bien al fondo, casi rozándome la garganta, un aleteo. Un par de aletas me hacen cosquillas en el paladar. Hago lo posible por extender toda mi cavidad oral y sostener a ese animal que lentamente se hincha hasta ocupar todo el espacio. Frente a mí tengo a Roxana señalando el hermoso decorado de flores que coloqué como centro de mesa. Intento sonreír, pero se me dificulta respirar. La criatura palpita, estoy segura: siento su desesperación como si yo misma, atrapada, luchara por encontrar el aire en una pecera vacía. Me toco el cuello. Está tan tenso que siento los tendones a punto de zafarse. No respiro. No puedo inhalar. Y ahí, justo en cada costado, se me desgarra la piel. Palpo y distingo una piel extraña, un par de boquetes que se abren y se cierran en busca de agua. Trato de cubrir las branquias con mis manos, de contener al pez que me empuja los labios, tan grande, tan jugoso, pero ya no puedo.

Escupo. Expulso el *sashimi* sobre el plato con una arcada voraz. Por fin puedo respirar. Me llevo una mano al pecho e inhalo profundamente, sumida en un silencio de fosa. Todavía no abro los ojos; sé que mis amigas me observan horrorizadas, puedo imaginar las miradas solmenes y la repugnancia fruncida en sus labios. Pero pronto me calmo y logro incorporarme. Abro los ojos y allí están: sus caras de espanto, contemplando fijamente al pescado en mi plato.

Enorme, flácido y tembloroso, se sacude en un último intento por respirar un salmón rosado con los ojos desorbitados.